

el mismísimo péndulo de Foucault, formando un triángulo místico-trágico: el péndulo —la cabeza dislocada del muerto— su cuerpo cimbreado.

Sin embargo, lo terrorífico de la historia narradora se diluye en el placer que proporciona el nivel discursivo del texto. El placer de jugar con los saberes herméticos, con la cultura del ocultismo; la combinación de ironía y reverencia sospechosa que ella supone para un intelectual posmoderno; el contraste provocativo entre tradición milenaria y actualidad, la fascinación paradójica de lo prohibido, conforman un discurso, precisamente, provocador, contrastante y seductor que se aproxima a lo que Barthes llamó “el placer del texto”.

Por último, una influencia básica en Eco y un posible defecto de su novela. La influencia: Borges. El relato puede visualizarse a través de una metáfora borgeana: El carácter peligroso de la escritura cuando se da una lectura errada de ella. Los tres personajes de Eco “escriben” un plan, inventan un plan a partir del secreto templario, plan ficcionalizado que daría las claves para encontrar el tesoro; algunos leen seriamente, creen y terminan asesinando. El defecto: la utilización de ingredientes típicos del *Best Seller*: misterio, eros, muerte, satanismo. Pero, a lo mejor, se trata de un rasgo posmoderno: la parodia de un pastiche exitoso.

MARIO RODRIGUEZ

EL CUARTO MUNDO

De *Diamela Eltit*

Planeta Sur, Santiago, 1989.

<https://doi.org/10.29393/At461-30CMRO10030>

“Lejos en una casa abandonada a la fraternidad, entre un 7 y un 8 de abril, Diamela Eltit, asistida por su hermano mellizo, da a luz una niña. La niña sudaca irá a la venta”.

Con esta frase, abertura a otro(s) significado(s) del texto, finaliza *El cuarto mundo*, última novela de Diamela Eltit, ella hará explotar el relato lineal que la ha construido hacia una indagación —preocupación permanente en la escritura de Eltit— por la gestación, conformación e inscripción social y cultural de la textualidad literaria.

El cuarto mundo nos hace asistir, desde sus comienzos, al proceso libidinal que dará origen a una novela par(t)ida en dualidades. Dos partes, la primera, “Será irrevocable la derrota” señala el destino de un texto-estirpe, “sudaca”; la segunda, “Tengo la mano terriblemente agarrotada” refiere a la pulsión escritural. Los dos capítulos estructuran un relato que se despliega en dos delirios hablados por dos narradores que en su diferencia sexual signan en dos modos narrativos dos identidades posibles: el narrador masculino se marca por la obsesión, mientras su hermana melliza delimita su relato en el lenguaje de la histeria. El relato se realiza desde dos espacios obturados, el útero materno y la casa paterna, referentes del espacio primero y uno de la mente que produce el texto.

El cuarto mundo estructura sus contenidos en el circuito cerrado y reiterado de la gestación y producción: gestación y producción de los hermanos mellizos, en la primera parte; gestación y producción del texto incestuoso, en la segunda. Esta doble productividad interroga, desde el interior de la propia novela, una propuesta de convivencia entre un relato lineal, estructurado de acuerdo a ciertos modos tradicionales de narrar y una escritura de continua experimentación con relación a los procesos de relaciones internas entre los materiales lingüísticos y las estructuras posibles de conformación del género.

El texto se construye como una “sesión”, una cura que la escritura va produciendo, rápida, desatada en un relato poblado de roturas, miedos y ansiedades donde sueños y aconteci-

mientos constituyen el proceso de una cadena significativa que trama sus significados en la producción de escritura. Significantes que la lectura volverá a connotar de otro(s) sentido(s).

La novela se abre con la gestación de los hermanos mellizos, gestación cuyo proceso genera el producto que constituye el devenir de la primera parte de la novela: "Ese 7 de abril fui engendrado en medio de la fiebre de mi madre y debí compartir su sueño" (p. 11)... "ese 8 de abril mi padre había engendrado en ella a mi hermana melliza" (p. 12).

La escritura de la primera parte se realiza en lo transcurso de las pulsiones internas de un narrador embrion(ario) que registra transmisiones provenientes de códigos del medio externo, de una región a otra del organismo y, sobre todo, de su hábitat, espacio invadido por la presencia de su hermana melliza: "El espacio no nos contenía a pesar de ponernos en distintas posiciones. Apelamos a una última y humillante alternativa; mi hermana se puso debajo mío, aumentando aún más la presión. Nuestros cuerpos empezaron a sufrir. La instalación del dolor entre nosotros fue la primera forma de entendimiento que encontramos" (p. 20).

El narrador procede de su partida a su par(t)ición, poniendo en juego los espacios de la escritura, las zonas externas e internas desde donde se escribe y en las que se sitúa el sujeto en el deseo escritural.

Urdiembre de sueños, significados de una identidad debilitada, partida, el narrador busca, desde el inicio, al otro (otra), doble y mitad de sí mismo. El espacio cerrado del útero, sumado a la zona mental de una subjetividad provisoria, constituyen los estratos de un producto-novela en que el narrador relata su transcurrir y construye en él su escritura.

Es ahí donde nacen los vínculos, las complicidades y determinaciones definitivas de dos vidas, de un destino que se parte, se comparte. La fragmentación, el encierro, la desidentidad van a conducir a los personajes a la "fraternidad" como única salida; así lo declara el narrador en esta primera parte: "¿en qué momento se abrió una fisura en mí? Empecé a ver el mundo partido en dos, amenazando tragarme en sus intersticios. Todo estaba totalmente escindido, con los bordes abiertos hacia un abismo" (p. 36)... "Con el mundo partido en dos, mi única posibilidad de reconstrucción era mi hermana melliza. Junto a ella, solamente, podía alcanzar de nuevo la unidad" (p. 37). Más adelante reitera: "No me era posible pensar la vida sin mi hermana. Una parte mía terminaba en ella, quizás la parte más sólida" (p. 19).

Las ambiguas relaciones entre los mellizos, amor/ rencor, Fraternidad/ competitividad, complicidades, poderes en pugna, etc., estarán siempre señaladas y amparadas por una génesis compartida. Ellos una doble del otro, uno mitad de la otra, productos de la doble cópula paterna, pondrán —en la segunda parte— en proceso su propia producción.

El narrador masculino de la primera parte se mueve ya en lo dual de una fundamental soledad y la pseudo pertenencia a un "cuerpo familiar" que, en la segunda parte, delata su fragilidad y lo escindido de su pertenencia al cuerpo social. El afuera está signado, hostil, amenazante, "sudaca".

La familia como encierro corporal, cuerpo encerrado, se fragiliza en los contactos con el exterior, otro, ajeno, poderoso: "Mi madre precipitó el encierro. Desplomó el universo, confundió el curso de las aguas, desenterró ruinas milenarias y atrajo cantos de guerra y podredumbre. Mi madre cometió adulterio" (p. 75). Las relaciones humanas en una zona de encierro constituyen el espacio de la segunda parte de la novela en que la hermana melliza, narradora femenina, rompe las triangulaciones sucesivas padre, madre, yo-madre, hermano, yo-hermano, hermana, yo, de un mundo dominado por relaciones patriarcales, edipizadas y construye la destrucción del padre, metáfora de la crisis y ruptura de la constelación familiar dominante: "Un padre no se rompe" (p. 38) era un juego que la hermana enseñó a su mellizo, en la primera

parte. Luego señala: "La comedia familiar rodaba hecha trizas, y asomaba su real fragilidad" (p. 66).

En las fisuras familiares, en las rupturas de sus dinámicas y mecánicas de producción de deseo, radica el desamparo, la desidentidad en que viven los mellizos; ellos poseídos por una pasión ineludible y ancestral, fijada desde sus orígenes, en el espacio compartido del útero materno, gestan, como salida, un producto del incesto, un hijo, un texto sudaca, fundación y afirmación de la estirpe originada en la violencia de un espacio invadido. El incesto se ha gestionado en el encierro del acto transgresor; sospechosamente vigilado por los padres, fuera de los lugares de encuentro social, en la transterritorialidad de todo poder establecido.

En la transgresión, los mellizos se filian; lo sudaca, signo de un territorio expuesto, será la única opción posible para ellos. La familia patriarcal, el mundo edipizado de triangulaciones irreductibles se verá reemplazado por la hermandad y las relaciones duales que han latido en la gestación y transcurso de la escritura: "El ancestral pacto se estrechó definitivamente, ampliándonos a todos los roles posibles: esposo y esposa, amigo y amiga, padre e hija, madre e hijo, hermano y hermana. Ensayamos en el terreno mismo todos los papeles que debíamos cumplir, perfectos y culpables, hostiles y amorosos" (p. 34).

El padre se rompe, mientras la madre se ha desangrado en el hilillo de una cotidianeidad escindida entre el servicio y la culpa. El familiarismo tradicional y opresor se ve abolido en virtud de la fraternidad. La transgresión se ha consumado, la fraternidad emerge como opción frente a los poderes patriarcales: "Le hablo otra vez, del poder de la fraternidad sudaca y de como nuestro poder podría destruir a esa nación de muerte" (p.107).

La fraternidad, opción a la crisis de relaciones patriarcales y al familiarismo tradicional dominante, actúa como metáfora multívoca en la cadena signifiante del relato: por una parte estaría proponiendo una alteración de las relaciones productor-texto, reproducción de relaciones patriarcales, en nuestras prácticas culturales. Como producto de la fraternidad, el texto sudaca se gesta en una zona de encierro, asumiendo la rotura del padre cultural y marcándose en la relación con la madre (re)productora. "Consciente de su preñez, la narradora femenina declara: "Destrozo mi secreto y digo: Quiero hacer una obra sudaca terrible y molesta" (p. 88).

Por otra parte, en lo "sudaca" radicaría la afirmación de un espacio de producción textual fracturado de relaciones externas y de tradiciones exteriores. El producto-texto sudaca se gesta en zonas expuestas, en el espacio del incesto social y cultural, desterritorializado, en el desamparo y la precariedad de los múltiples espacios de la escritura.

RAQUEL OLEA

JUSTICIA ELECTORAL

De *Eduardo Salas Cárcamo*

Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1990, 235 págs.

Justicia electoral para los cuerpos intermedios. Tribunales Electorales Regionales; organización y competencia, el proceso jurisdiccional electoral es el título de la obra de Eduardo Salas Cárcamo, recientemente publicada.

El surgimiento de asociaciones gremiales, Juntas de Vecinos, y luego de Consejos Regionales y Comunales de Desarrollo, o sea, de los denominados cuerpos intermedios consagrados constitucional o legalmente, ha hecho necesario establecer normas que regulen sus elecciones, para dar así seriedad e independencia a tales actos.